

Miramar

Hugo Hiriart

Redactado en vacaciones, este escrito se permitió un descanso restaurador en la atadura a la columna, como los mártires, y en lugar de hablar de libros universitarios me dispongo a conversar de viajes, o mejor de un viaje, con curiosidad patriótica, al castillo de Miramar, erigido cerca de Trieste, como se sabe, por Maximiliano de Habsburgo.

Conviene antes de llegar a Miramar, pasar por Trieste, puerto peculiar, puerto ornitorrinco, situado en el Adriático. La proximidad de Venecia fue, desde luego, siempre peligrosa para Trieste. En 1368 la Serenísima no resistió más la tentación y devoró el bocado: la odiosa ocupación duró doce años. Hasta 1382, año en que la ciudad cometió uno de esos errores tan comunes, tan humanos: solicitó ayuda de la Casa Real de Austria, que acudió alborozada al llamado, echó a los venecianos, y ocupó la ciudad, no sin oposición, de menos verbal, sino por los siguientes quinientos años, es decir, hasta terminada la Primera Guerra Mundial. Entonces Trieste, ya con crecida emigración griega y balcánica, era la ciudad cosmopolita y pintoresca donde vivió James Joyce por quince años, y fue declarado puerto internacional. Y así permaneció hasta 1954 en que, por fin, formó parte de Italia.

Para alcanzar Miramar desde Trieste tomas el camión —aquí bus— 36; el camino, airoso, estimulante, corre a orilla del mar, dura unos veinte minutos y termina, después de un inesperado y brusco descenso, en un lugar que aloja embarcaciones, veleros en mayoría, un bosque de esbeltos, blancos y carísimos juguetes. Ahí, caminas por el muelle y poco más adelante, a tu izquierda, encuentras la escalera e inicias el ascenso, por el parque, hacia el castillo.

Maximiliano visitó el puerto de Trieste en su calidad de Almirante de la Flota Real de Austria y quedó sojuzgado por la belleza de los paisajes que podían apreciarse desde los promontorios cercanos. Y eligió un terreno. El lugar era aislado, más o menos inaccesible, marítimo, mar por todos lados, con lugar para un enorme jardín donde el botánico *amateur* que siempre fue el buen Max, como le decían, probara suerte, así que resolvió hacerse construir ahí un palacio. Éste es el palacio de Miramar que hoy se visita, el mejor conservado, según dicen, para documentar el estilo de vida de la nobleza europea rica del siglo XIX.

Pese a haber dibujado los planos y elegido las decoraciones minuciosamente, Maximiliano no vio terminado el palacio ni llegó a habitarlo nunca, pues partió antes de eso a su infausta aventura mexicana. Al parecer a este desdichado todo le salía siempre mal. Lo redime un poco que sí parecía enamorado de Carlota.

Sin embargo, en el jardín de la entrada te topas con un alto e imperioso monumento de bronce donde puedes ver, no sin sorpresa, lo atrasados de noticias que andan allá en el Adriático, pues dice: A Massimiliano D’Austria, Emperatore de Messico.

Que dentro del castillo el lujo es grande, no puede negarse, que sea de buen gusto ya es otra cosa, porque, en primer lugar, la arquitectura es un revoltijo de estilos todos más o menos espurios y caricaturescos. Señaladamente, como siempre, en la imitación de lo gótico se resiente la influencia de Walt Disney. Y además por las limitaciones personales del pobre archiduque: no hay más que ver que diseñó su recámara, en el inmenso castillo, exacta y puntualmente como la claustrofóbica cabina

de un barco, el camarote de la fragata Novara, donde había navegado, único lugar, tal vez, donde se creía seguro (en Italia, los patriotas italianos anhelaban eliminarlo tanto como lo deseaban en México los patriotas mexicanos).

Es decir, con la suma gastada, es obvio que pudo contratarse un arquitecto moderno, del día, que hiciera un trabajo honesto, de su momento, con inventiva y verdad artística. La mediocridad me sonó conocida: el palacio era una impostura tan espuria, con su desangelado estilo arquitectónico, como el imperio, no menos desangelado y falseado, que pretendieron erigir a continuación en tierras mexicanas.

A principios de 1864, el veterano general francés Du Barrail, del ejército de ocupación, enfermo de fiebre, contraída en Veracruz, navegaba por fin repatriado a Francia, cuando una tarde, cuenta Ralph Roeder:

En el horizonte avistó dos pequeñas vaharadas de humo, sumamente ligeras..., y que el capitán identificó como la fragata Novara y su navío de escolta que llevaba a Maximiliano a México, y que no tardaron en desaparecer en el crepúsculo.

Pobre Maximiliano, afirma Du Barrail, haber pensado, ¿qué vas hacer en ese país atroz que, sin ningún pesar abandono...?

Pues sí, Maximiliano se dirigía a México, dejando atrás Miramar, sin haber exigido pruebas, como le recordó Juárez en su carta, que algunos juzgan apócrifa, de la voluntad libremente manifestada por la nación, y como resultado del sufragio universal, y no un grupo insignificante, “una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente...”. ■